

R. 60729

COLECCION GENERAL
DE INTERESANTES E INSTRUCTIVOS
DISCURSOS LITERARIOS,
PUBLICADOS
EN EL REYNO DE GALICIA,

Donde se incluye lo ocurrido en las activas y
prontas disposiciones, dadas por el dicho Rey-
no para el armamento del Ejército, y sus di-
ferentes posiciones contra el Enemigo
del Mundo.

QUADERNO I.

QUE CONTIENE

- I. Ensayo de un Manifiesto de la Conducta que
tuvo el Gobierno Francés con la Corte de
España, dedicado á las Cortes Soberanas
del Reyno de Galicia.*
- II. Manifiesto Político y Moral al mismo Rey-
no por un Compatriota suyo.*

MADRID

POR GOMEZ FUENTENEbro Y COMPAÑIA.

1808.

Con Permiso superior.



Ex libris

Dr. Santiago de la Iglesia

Ferrol

ENSAYO

DE UN MANIFIESTO

DE LA CONDUCTA

QUE TUVO EL GOBIERNO FRANCÉS

CON LA CORTE DE ESPAÑA:

DEDICADO A LAS CORTES SOBERANAS

DEL REYNO DE GALICIA.

Hacia la España una guerra débil á la República Francesa ; pero suficiente para incomodarla y detenerla en sus ideas ambiciosas y rapaces. Sus intrigas con un Ministro vicioso , extraido de las Caballerizas de Guardias , que no sabia , ni queria ocuparse , sino en sus infamias y elevacion , la consiguieron en 22 de Julio de 1795 la Paz de Basilea , por la qual suspiraba en el estado

4
miserable, en que se hallaba en aquella época. Para cohonestarla el Ministro con los Españoles, y con sus verdaderos y naturales aliados, sacrificó el honor del valeroso General Crespo, disponiendo, que unas tropas superiores y aguerridas huyesen, y dexasen ocupar las Plazas á un puñado de enemigos; en cuyas manos puso por otra parte la Plaza de Figueras, sin disparar un tiro por medio de una fúgida traición.

Desembarazada la República de esta temible diversion, pudo correr, y alcanzar grandes ventajas sobre los otros aliados. Muy luego pagó estos beneficios á la España, estrechándola en el año siguiente al tratado secreto de S. Ildefonso en Agosto de 1796, en el qual estipularon las dos Potencias una alianza defensiva y ofensiva, en que qualquiera de las dos (que nunca podia ser la España) que pusiese la guerra á otra tercera, podia, *sin manifestar los mo-*

9
firos, exigir de la otra 80 Infantes
60 Caballos, y 15 Navios de línea,
todo á su disposicion, y siempre ínte-
tegro, á pesar de los accidentes de
la guerra, para emplearlo segun le
pareciese, y ademas declararle la
guerra, si la aliada requirente lo exi-
gia: Alianza monstruosa, ó mas bien
tributo ruinoso é infame, que no po-
dia temer de la mas funesta guerra.

En el año de 1801 se hizo otro
tratado, en que la España cedió á
dicha República Francesa la Luisia-
na, sin duda para estrechar mas con
tan soberbio regalo los vínculos de
su amiga y fiel aliada. En el mismo
año la República trasladó al Reyno
de Etruria al Infante de Parma, ce-
diendo este sus Estados, y por ra-
zon de la ventaja (de un Estado usur-
pado á otro hereditario) pagó la Es-
paña seis Navios de línea de la Es-
quadra de Gravina á su eleccion, con
varias sumas de dinero incalculables,
que le ha costado este Reyno.

Hízose la Paz de Amiens en Marzo de 1802, en la qual nuestra fiel Aliada consiguió, que la Inglaterra le cediese las colonias que le habia conquistado á costa de la Isla de la Trinidad, que la España cedió á la Inglaterra.

Al año siguiente de haberse hecho Bonaparte primer Cónsul vendió á los Anglo-Americanos la Luisiana por seis millones de duros, faltando al tratado, promesa, y condicion solemne de no enagenarla.

En Mayo de 1803 se volvió á encender la guerra entre Francia é Inglaterra. Pidió aquella los socorros estipulados en S. Ildefonso, y se convino en el equivalente en dinero, que se tasó en 24 millones mensuales, los quales exigió á pesar de la miseria y desastres que ocasionó el hambre, la peste, y los terremotos, sin que hubiese tenido la menor compasion á sus espantosas

calamidades, y triste, y lastimoso estado; porque á estos crueles azotes aun le faltaba el de Bonaparte. La Inglaterra, que no podia ignorar este socorro exôbitante, dado á su enemigo, preguntó, protestó, amenazó, y por último cumplió su amenaza con la toma de las Fragatas, que se acriminó con tanta fisiología; sin embargo, quando la amiga Francia aumentaba el peso enorme de la miseria, la enemiga Inglaterra dió permiso para la libre navegacion de viveres.

Declaróse la guerra, y la España á pesar de sus calamidades hizo los últimos y ruinosos esfuerzos, juntándo una Esquadra, que unida á la Francesa, sostuvo el combate del cabo de Finisterre, y el célebre del de Trafalgar, que aniquiló su Marina, despues de tener arruinado su Comercio; pero consiguió la gloria de que se mostrase tan satisfecho Bonaparte, que anunció solemne-

mente, á la Francia, que los esfuerzos de la España eran dignos de la mayor consideracion, como su constante adhesion á la causa, que llamaba comun.

En el año de 1806 se abrieron negociaciones entre el Francés y el Inglés, y sin embargo de la constante amistad y *adhesion* que tanto celebró Bonaparte, pidió la Sicilia para su hermano, ofreciendo indemnizar á su Rey Fernando IV, con las Islas Baleares, que cederia nuestro Carlos IV, el qual ademas de esto le señalaria una pension perpetua, para sostener mas bien el decoro de la dignidad Real.

A pesar de toda esta noble correspondencia, la España, siempre constante en perderse por su Amiga, miraba con indiferencia, y aun con placer sus triunfos con las otras Naciones, creyendo estupidamente al falso colorido con que pintaba sus irrupciones, sus rapiñas, desafue-

9
nos y perfidias, y creyéndose segura á vista del incendio general, y á pesar de las exhortaciones, demostraciones y pronósticos de los Aliados.

Hízose por último la Paz de Tilsit, y entonces muchos, que observaban con susto la conducta de los Vándalos filósofos, conocieron el momento fatal, y anunciaron la ruina de esta Monarquía, no sin escarnio de un vulgo de politiquillos. Una Corte frívola, débil y voluptuosa creyó, que á fuerza de condescendencias, baxezas y sacrificios podría estar segura. ¡Miserable! ¡no sabía que nada se gana en hacer halagos y caricias á un culebron! Se habia desprendido, poco ántes de esta Paz atroz, de lo mas florido de sus tropas, para oprimir injustamente á gentes, que no eran sus enemigas, y se las habia pedido el fiero enemigo de la Europa, principalmente para debilitarla, y poner-

la tambien las cadenas que la preparaba. Su Rey, que habia visto con indiferencia despojado á un hermano, y destronada á una hija, coronada en París solemnemente por el mismo Bonaparte, prestó sus tropas para despojar aun á otra.

La conducta que ha tenido Bonaparte con todas las Naciones es igual: (*) Provincias taladas, Ciudades saqueadas, Soberanos destronados, desiertos los mas bellos paisés, y millones de hombres inmolados á un Idolo feroz, insaciable de sangre. ¿Pero cómo pueden esperar mejor suerte los extraños, quando la misma Francia regida con el mas duro cetro de hierro se halla en la desolacion mas espantosa, y su poblacion reducida á viejos, enfermos, niños, mugeres, y jóvenes estropeados por la horrible gloria de

(*) Véase el Mercurio de España 30 de Noviembre de 1806. Núm. XXII.

un tirano y de un Tigre, que jamas harto de carnicería le exige ya la conscripcion del año de 10? Mas como la imágen de esta conducta la tenemos en Portugal mas cerca de la vista, la exâminaremos rápidamente, para que nos miremos en este espejo, y para hacer juicio del derecho público que observa aquel, que con tan audaz charlatanería acrimina el que siguen los Ingleses.

¿Portugal era una Nacion independiente? ¿Como tal podia tener los amigos que quisiese? ¿Tiene derecho otra Nacion para prescribirle los amigos que debe conservar, y los enemigos con quien deba combatir? A pesar del derecho que tenia como Nacion libre, se vió precisado á comprar su neutralidad por 60 millones anuales. ¿No es este ya un pacto sagrado, que debe observarse, ya que no basta el derecho de independenciam? Intímasele no obstante, que pide el órden de las

cosas, (que es la gran razon con que Bonaparte cubre todas sus sinrazones) que cierre los Puertos á los Ingleses. Conviene por necesidad, y se le manda sin réplica, que les embargue sus efectos y créditos. ¡O buen Dios! unos efectos y créditos, que ya que no les valiese el Derecho de gentes, debería valerles la garantia de los 60 millones; y baxo el pretexto de que el bárbaro embargo no se habia hecho con rigor, se declara extinguida la casa de Braganza. Pasa en consecuencia un Ejército á la Conquista de Portugal: su Rey engañado por aquellos traidores, que este Conquistador de Gabinete solicita y compra en todas partes, asegura á su pueblo, que esté quieto, que nada hay que temer, pues estas buenas gentes vienen de acuerdo para el beneficio general de Europa. Entran los Franceses sin la menor oposicion, y sin duda se hubieran apoderado de la familia Real; pero tenia un

amigo, que velaba, y la salvó en la mar. Este chasco hizo mudar las razones del Manifiesto, declarando, que por el hecho de abandonar su Reyno (un Príncipe que dexa Administradores, y se traslada á otros Dominios suyos.) le pertenecía la Corona á este Administrador de bienes mostrencos.

La fuga del Rey de Portugal fue un exemplo que propuso Bonaparte á las Naciones, para que viesen qual era la suerte de los amigos de los Ingleses. ¿No es menester haber perdido toda la vergüenza para hablar de este modo? Cree este trapacero infame, que habla con negros bozales en medio de la Europa.

Apoderado pues de Portugal hace á sus naturales el distinguido honor de asociarlos á los Héroes de Marengo, Austerlitz, de Eylau, de Jena, y se les anuncia, que la ilustrada protección Francesa va á multiplicar los Camoes por todas partes; esto es, los pobres y desven-

turados. Se les prometen canales; se entiende de sangre Portuguesa, para transportar al Norte toda su triste juventud encadenada, y á París todas sus riquezas, como en efecto se verificó con una contribucion espantosa baxo el nombre de *Rescate*, quedándose sin embargo con el País rescatado, y tratando á sus naturales, que se entregaron sin la menor defensa con la bárbara ferocidad de los conquistadores mas atroces.

La España miraba todo esto, y lo contaba en sus Gazetas con la frialdad con que se refieren las cosas de la China. Para esto prestó sus Tropas, y permitió una servidumbre y camino militar por medio de su Reyno á un Exército armado, que entró por los pueblos de este su íntimo y fiel aliado pidiendo raciones, exigiendo ropas, saqueando requas, carros y almacenes, apoderándose de Conventos, y Casas mas

13

principales, en donde cometia los mayores desafueros, extendiéndose, y permaneciendo en Ciudades extraviadas, arrastrando ganados, que despues de estropeados los mataban, y á sus dueños si se quejaban. ¿Qué derechos hay que no hayan hollado, qué excesos que no hayan cometido estas hordas de Caribes?

Bramaba la altiva Castilla; pero el Gobierno expedia órdenes muy severas, para que nadie se moviese, ni recelase; pues estas Tropas morigeradas, sóbrias, y de tan severa disciplina solo venian para nuestro bien. Apoderáronse pérfidamente de las llaves del Reyno, de repuestos, y fábricas de armas y municiones, y aun el Gobierno se obstinaba en sofocar las quejas con Proclamas y conminaciones. Ultimamente habiendo hecho correr unas voces misteriosas ya de Gibraltar, ya de Ceuta, ya de las Costas de Andalucía, y aun del cacareado y fanfarron *Desembar-*

co, se trasladaron á Madrid, solo como de paso.

Nosotros sabemos el ayre adusto y sombrío con que se recibió este Ejército en Madrid: pero la Europa está informada por los verídicos Periódicos franceses, que la Corte recibió á estos huéspedes con las mas vivas señales de gozo, arrojando flores y guirnaldas por las calles que pasaban. Nosotros no necesitábamos á estos extranjeros para juzgar nuestras diferencias domésticas, que ya teníamos arregladas; pero la Europa vio en las Gazetas de Francia, que suspirábamos por ellos, y los hemos recibido con los brazos abiertos, como á nuestros únicos libertadores, y los solo capaces de sacarnos del intrincado laberinto, y curar los males complicados que padecíamos. Nos hemos sorprendido á vista del insulto cometido en la Corte del mas antiguo y fiel aliado, hemos mirado con desprecio un

47

Exército de lampiños desharrapados, entre los quales venian innumerables atados codo con codo , y otros reatados á los caballos con cadenillas ; pero la Europa sabe por las mismas Gazetas, que Madrid se asombró , y llenó de entusiasmo al ver en su seno los Héroes , cuyas hazañas habian brillado en el Norte. ; O cuánto alucinaron estas descaradas patrañas y mentiras á muchos de nosotros quando leiamos en estos papeles ministeriales lo que pasaba en otros paises !

Algunos dias antes de la llegada de este Exército habia renunciado Carlos IV. voluntaria y solemnemente la Corona en su Primogénito FERNANDO VII. No llevó á bien la Reyna , como era natural , esta impensada renuncia , y empezó á co-
-cinar con el General de los Franceses , como tan perito , y movió varias maquinias para comunicarse con su gran complice. Los Oficiales hues-

pedes afectaban la continuacion del reynado de Cárlos, y aun fueron sorprendidos en una Imprenta, de la que se habian apoderado, con una proclama que querian publicar, y con ella, y con alguna canalla que tenian alquilada, alborotar el pueblo. En los papeles de Francia se contaba á la Europa el suceso de la Corte con negros colores, omitiendo, añadiendo y trocando las circunstancias, las causas y los fines con el mayor descaro y malignidad, no dando al Rey mas título que el de Príncipe de Asturias, y haciendo retratos favorables de Godoy.

En fuerza de las intrigas, regalos soberbios, y correspondencias de la Reyna, pidió Murat la persona de este gran reo, y creyeron muchos que esta era solo insolencia de un Soldado sobornado por María Luisa; pero luego se nos anunció que el gran Emperador queria disponer de su suerte; palabras equí-

vocas, que aun quisieron interpretar favorablemente los crédulos y admiradores del Grande en maldades. En efecto, el Rey mandó arrancar á este miserable de las manos de la vindicta pública, y lo llevó una escolta rápida y secretamente con universal sentimiento y desesperacion de toda la nacion por el insulto hecho á ella, al Rey y á la Justicia, y se pasea en el dia en Bayona lleno de honores, que solo un facineroso tal podia hallar un padrino semejante.

Habia algun tiempo que las gazetas anunciaban una visita de Bonaparte á sus Departamentos meridionales; luego se echó la voz de que pasaría á Madrid, sin duda á visitar á su grande amigo. El zorro Jacobino dió cuerpo á este rumor con todo género de artificios y asechanzas, y luego se trató en nuestra Corte de enviar quatro Grandes á recibirle. Salio tras

ellos el Infante Don Carlos á cumplimentarle en las fronteras, y muy luego les siguió el Rey por las dolorosas noticias de que el Frances se acercaba, y podian juntarse dentro de tres dias; pero sus detenciones ó indisposiciones fingidas fueron empeñando al jóven Rey de lugar en lugar hasta las fronteras del Reyno. Los pueblos encantados con las gracias de su juventud, sus prendas las mas amables, y sus virtudes probadas con los trabajos y disgustos los mas atroces de toda su triste mocedad, derramaban flores y lágrimas de ternura por donde pasaba. Un instinto natural, superior al entusiasmo de los literatos, y al talento de los políticos, les hacian estremecer viéndo á su adorado FERNANDO correr ciegamente al precipicio; pero mil ofertas lisongeras, planes concertados, tratados ventajosos, alianzas, confederaciones, casamientos, y todo género de artificios diabó-

licos, entre los quales entró la fa-
 sa ridícula de la espada de Francis-
 co I.º (desagravio que llenará de la
 más alta indignación al supuesto agra-
 viado; si viese quien lo pedia) le
 alucinaron hasta desprenderse eno-
 jado de los brazos amantes que le
 detenian con lágrimas del mas amar-
 go presentimiento.

Llegó el inocente cordero á Ba-
 yona, en donde el lobo rapaz le
 abrazó y dió el beso traidor: obse-
 quios, convites, guardias de honor,
 carrozas, pláticas agradables confir-
 maron al jóven incauto en la segu-
 ridad que le habian hecho concebir;
 mas ¡quán presto se mudo la esce-
 na! el bárbaro Corso, el asesino de
 Enguien, el procaz y desalmado
 Jacobino se atrevió á proponerle una
 Corona infima, que no era suya, y
 respondiéndole el jóven Monarca
 con la dignidad propia de su grande
 alma y alta gerarquía, al instante
 el mas villano de los pícaros hizo

desaparecer todos los obsequios, y trocó la guardia de honor en una escolta de sátelites. ¿Presenta la historia en los siglos, que llaman bárbaros los Filósofos, perfidia mas infame, ni mas cobarde bajeza que la del héroe de los tiempos iluminados? Presto apareció Carlos y María Luisa, la qual, á su paso por Tolosa, mandó á un Oficial francés que derribase el victor de FERNANDO VII, y que el Alcalde proclamase á Carlos IV. Desventurada! Pensaba volver á reynar, no sabia que el primer plan de este alevoso vandido era destronar á su amigo Carlos, y que se lo hizo variar la imprevista renuncia, soplando el fuego de las disensiones de la familia Real, que habia mucho tiempo que fomentaba por medio de sus infames emisarios. Presentáronse, pues, estos padres... al juzgado de Bonaparte, como acusadores de su primogénito, de su Rey.... Baxemos

aquí el telon por respeto al decoro de la Magestad. Quisieramos borrar de la historia de España este feo borron, si estos grandes exemplos de humillacion no fueran un recuerdo muy util á la humana miseria.

Ansiaba entre tanto el amante pueblo de Madrid por noticias de su adorado FERNANDO, faltaban los partes, y estaba sumamente inquieto. Llegó orden para que marchasen á Bayona D. Francisco de Paula, y la cidevant Reyna de Etruria: salió aquel llorando, y recordándole estas lágrimas inocentes á los Madrileños la memoria de sus dos caros hermanos, se tiraron como Leones á los Franceses. ¡O! qué héroes, si fueran auxiliados! No quedaria un Frances, contando segura la desercion de las otras Naciones; pero el Gobierno siempre constante en su sistema de armonía, de paz y sufrimiento, encerro las tropas en los quarteles, y salió por las ca-

lles, y con su autoridad y exhortaciones sosegó todo. Salieron igualmente los huéspedes, y de propia autoridad prendieron los primeros que hallaron, y con el pretexto de llevar armas cogieron algun Barbero, que llevaba sus chismes de afeitar: otro, que tenia una navaja de picar tabaco, &c. Depositáronlos en el principal, y sacándolos á la noche atados, y con gran silencio, impuesto por las bayonetas, los fueron á fusilar al Prado, no permitiéndoles el auxilio de algun Sacerdote, que pedian como christianos á los que no lo eran. Despues de estos horribles asesinatos, y de habersele comunicado igualmente orden al Infante Don Antonio, que siguiese la triste procesion de Bayona, el execrable Murat se apoderó y declaró Presidente de la Junta de Gobierno.

No es posible descubrir todas las operaciones obscuras, y actos tenebrosos que se fraguaron en las za-

hurdas de Bayona: solo sabemos, que en este tribunal de Pilatos un Rey preso, y con el puñal al pecho, sin proceso ni manifiesto firma una renuncia á favor del mismo, que pocos dias ántes habia renunciado en él; renuncia sin el exámen del Supremo Tribunal de la Nacion, y de los Procuradores de las Provincias, como habia sido la de su padre. Este nuevo Rey de farsa, teniendo un hijo de mayor edad, Príncipe jurado, otros dos hijos y un hermano, Grandes, Prelados, Magistrados, Generales, nombra sin motivo por Regente, y con tratamiento de hermano á un Capitan de gavilla, hombre de baxo nacimiento, y de mas baxas costumbres, sentimientos y procederés, que se habia metido armado insidiosamente en su casa, y lo que es mas notable, que se habia ya apoderado de la Regencia antes que se la diesen. Pasados pocos dias por un acto no

menos ridículo, vuelve á renunciar con la misma esclavitud y violencia en favor de un extraño de otra raza ínfima, cuya renuncia confirman por fuerza dos de sus hijos y un hermano; pero no otros muchos de la familia.

Verdaderamente que Bonaparte tenía mas reputacion de político que de general; pero las *fachucadas* de Bayona le acreditan de un diplomático chabacano, y muy inferior al mas torpe de nuestros Escribanos; estos no merecen el nombre de enredos, son unos juegos ridículos de entremés para gentuza de taberna. Si aspira á la vanagloria de Conquistador, ¿para qué se envilece con estos papelejos? ¿en qué archivo piensa guardarlos? ¿en qué tribunal los piensa presentar? ¿Y es este Napoleón el Grande!

El noble y honrado Lugar-Teniente, arrebatando una Imprenta para su casa, agradecía entre tanto

el beneficio del empleo con libelos infamatorios, que esparció por todo el Reyno por medio de los Consules de su Nacion, y cuyo extracto insertó públicamente en el diario de Madrid, que elevó á gazeta ministerial. Por ellos intentaba persuadir que la Corona de España no tocaba por derecho á los Borbones, sin duda para que se infiriese de aquí, que tocaba á un obscuro Corso; y pintando á la Reyna su amiga como una Mesalina, señalaba otros padres á todos los hijos de Claudio, sacando por consecuencia, que era preciso mudar de dinastía. Pero ¿á quién toca hacer esta mudanza? Claro está que solo estaba reservada para un Jacobino enemigo, y trastornador de toda autoridad divina y humana.

Para dar más decoro y esplendor á esta nueva é ilustre dinastía, y un brillante principio de protección á las artes y á las letras, em-

pezaron á despojar los Reales Pa-
lacios de sus mejores pinturas y pre-
ciosidades, el Gabinete de Historia
Natural, las Bibliotecas y los Ar-
chivos; mas como los Españoles por
falta de ilustracion podrian enten-
der las cosas al revés, se procura-
ron ganar, ó á lo menos entorpe-
cer á los Gefes y Próceres en to-
das partes; y se crearon y admicie-
ron espías. Ultimamente, este Lu-
gar Teniente, de no se sabe quién,
paso officio á varios Grandes, Pre-
lados, Magistrados, Militares, Re-
gidores, Canónigos, Curas, Fraya-
les, Doctores, Comerciantes y Pa-
laciegos; para que marchasen á Ba-
yona á celebrar un Congreso, para
tratar de la felicidad de España de-
lante de aquel que la sojuzgab-
ba, oprimia y robaba. ¿Y baxo
qué garantía se habia de meter en
Francia esta escogida porcion de ciu-
dadanos? Baxo la de aquel que que-
branto el derecho de gentes, de da-

**BREVE RESPUESTA
A LOS LIBELOS.**

Entre los Libelos, que á falta de públicos y autorizados manifiestos, se han esparcido clandestinamente para justificar una obra de tinieblas, hay tres con los títulos siguientes:

DOCUMENTOS DE OFICIO.

**¿DEBEMOS ESPERAR O TEMER?
EL DICTAMEN QUE FORMARA
LA POSTERIDAD SOBRE LOS
ASUNTOS DE ESPAÑA.**

El primero contiene la proclama de Carlos IV. de 30 de Octubre de 1807, con motivo de la prision de su primogénito: siguen las cartas de nuestro FERNANDO á sus padres, trocadas, alteradas segun el original que obligaron á fir-

31
mar á S. M. , á las quales vá ad-
junto su perdon. Falta el extracto
del proceso de Aranjuez , que en
las gazetas de Francia se alteró con
tanta malicia, el qual descubre toda la
trama , y resuelve qualesquiera repara-
ros que quiera oponer la mas per-
versa malignidad , de la qual nunca
dudó la nacion. Concluye con el
oficio de un Monsieur , que mani-
fiesta clarísimamente todas las in-
trigas de la Reyna , y su hija con
Murat , agente infame de Bonaparte :
en él se supone que Cárlos dixo
á este gabacho que pensaba casar á
su hijo con una Princesa de Fran-
cia para cederle la Corona , de la
qual le veía con tantos deseos. He
aquí como estos indecentes trapa-
ceros trastornan todas las cosas. To-
dos saben que aunque Cárlos qui-
siese dexar la Corona no se lo per-
mitirian aquellos que le dominaban,
á los quales de ningun modo con-
venia ver enlazado al Principe con

una Francesa poderosa, á quien no podrian perseguir de muerte, como á la malograda María Antonia. Síguese una supuesta carta de Carlos llena de calumnias y mentiras groseras. Todo este folleto no engaña á nadie.

El segundo por fortuna es un Galimatias, que por su pesadéz se cae de la mano. Harémos un extracto del tercero, que en sustancia lleva el mismo objeto con sus respuestas al pie.

1.º *La España sufría unos Reyes débiles, holgazanes y degenerados: lo mismo sucedía en Francia; pero ésta indignada contra ellos los despoñó del trono,*

Una y otra nacion, y todas tuvieron, y tendrán Reyes débiles y activos; pero quien destrono á los Borbones en Francia no fueron los Franceses, sino una cuadrilla de Atéos, que ganó la canalla de las grandes ciudades, y no los derribó

para subrogarles al Bugre de Bonaparte. Los que quieren destronar á los de España son sus compañeros y sectarios.

2.º *Con su feliz revolucion se vé hoy la Francia regenerada, florecen las costumbres, la Religion, la Agricultura, la Industria, todo prospera baxo el cetro reynante: sus glorias las admira la Europa con envidia.*

La Religion es perseguida en su cabeza, en sus ministros, en sus leyes y en su libertad, y no habiendo Religion no hay costumbres. La Europa, y Francia la primera, mira con horror las detestables glorias de un tirano que la hace gemir: las artes huyen al estruendo de las armas, y se arrancan los labradores y artistas para llevarlos atados á destruir los talleres, y desbistar los campos hasta los hielos del Norte: tal es la prosperidad.

3.º *Por estas razones nos conviene una nueva y enérgica dinastía.*

Esto es una dinastía inquieta y feroz, que por turbar la paz de los pobres vecinos, y aun de los pueblos mas remotos, todo lo trastorne interiormente, llevando á toda su juventud al matadero, exprimiendo á todos sus vasallos, y aniquilándolo todo.

4.^o *Tenemos derecho para pensar en la nueva Dinastia; he aquí las razones convincentes: Fernando es un Príncipe muy mal educado: la Princesa su difunta esposa traxo la discordia, y espíritu de intriga, intentó destronar á su Padre, le perdonó: la indulgencia del Padre dexó en la incertidumbre los atentados del Hijo: sublevó despues al Pueblo, y el Padre renunció por temor que matasen á la Reyna. Mientras resonaba la proclamacion del Hijo, hacia el Padre su protesta: hé aquí un pretexto para unas guerras civiles, y de todos modos nunca podia ser estimado de la Nacion por sus talentos, y por el ori-*

gen de su elevacion tocado de incertidumbre, é ilegalidad. Hé aquí al Padre, que baxa del trono por fuerza, y al Hijo que lo ocupa por la violencia y corrupcion; por tanto tenemos roto el pacto, que unian estos vasallos á sus Monarcas: ellos mismos rompieron estos lazos; no tenemos ya nada con ellos.

FERNANDO es un Príncipe piadosísimo, y amigo del trabajo por conciencia, por gusto, y por costumbre: esto lo debe á su excelente indole, y á una educacion, que no es de la aprobacion de los filosofos, aunque sí de la Nacion, que todo lo espera de él. En medio de sus tribulaciones de Bayona se quiso confortar, y lo alcanzo con los Santos Sacramentos: he aquí porque le llamaban debil, y fanatico los Filósofos. Uno de los ramos de su educacion fueron los trabajos de su triste y perseguida juventud; pues lo que mas estraga las mejores indoles

de los Príncipes son los obsequios, los rendimientos y adoraciones, y la adulacion. Sobre todo la muerte de la virtuosa María Antonia fué un golpe atrocísimo por todas sus circunstancias. No podia ser grata á los Franceses. ¡Qué historia llena de maldades, y horrores! Por mas que una Corte corrompida y el poder mas despótico intentó infamar y perder á FERNANDO, su inocencia triunfó, y quedó mas acrisolada. La inquietud y clamores posteriores del Pueblo solo se dirigian á impedir la resuelta fuga del Rey, y á que se castigase al traidor, que por complemento de sus maldades é inteligencias nos le queria arrancar; pero en todo su acaloramiento jamas tomó en boca á la Reyna: el Pueblo Español es muy noble en sus mayores conmociones. Carlos hizo su renuncia sin pedirsela, ni aun insinuársela. La Nacion la examinó y aprobó legalmente, el mismo Car-

37

los mostró la mayor satisfaccion. Su Protesta fué muy posterior: su corazón acostumbrado á la esclavitud fué movido por la Reyna, que se manejó con Murat por la tercería de la de Etruria. Si no fueran estos huéspedes armados, no habria la menor pretension ni guerras civiles en la Nacion, pues toda ella está entusiasmada con su nuevo Príncipe, segura de su inocencia y derecho, y el Pueblo ya tiene acreditado, que no se engaña en sus juicios; por todo lo qual no se rompieron, ni quieren los Españoles, que se rompan sus tan sagrados, como dulces vínculos.

5.º Hay dos partidos, el de Fernando y Cárlos: el de aquel teme el de éste, que vuelva, y el de éste tiembla del sucesor; por tanto á ambos les conviene mudar de Dinastia. Hay la masa ilustrada Nacional, á quien poco importa que en las Provisiones ó Moneda se lea uno, ú otro nombre,

ni la caída de un valido á quien mañana reemplazará otro: esta no pensaba en revolucion, pero las circunstancias le presentan una capaz de preparar un órden estable de cosas; así que nos debemos prestar al suceso mas probable, y no debemos comprometer el público sosiego por inoportunos miramientos.

Entre los dos partidos el de FERNANDO es el más sano, más numeroso, y el que tiene toda la aprobación, confianza, derecho y fuerza pública. Si por masa ilustrada se entienden los filósofos, ciertamente que en España tienen bien poca autoridad, pero la masa nacional se esfuerza y espera por razon, y por conciencia ver el nombre, y fisonomía de FERNANDO en los Despachos y Monedas, y la probabilidad del suceso la funda en su valor, en sus fuerzas, y recursos; pero principalmente en la ayuda de Dios, cuya causa defiende, aunque este no

39
sea un modo de pensar muy filosófico. Fuera de esto ¿quien le asegura ese orden estable de cosas baxo la esclavitud de los Bonapartes?

6.º *Hicieron árbitro á Bonaparte. Si fuese ambicioso tendría ocasion de adelantar sus dominios hasta el Ebro.*

Seria demasiada baxeza para el Grande Napoleon fixarse en el Ebro, y no correr hasta el Occéano. ¿Pero quién le hizo árbitro? ¿FERNANDO no estaba seguro y pacífico poseedor de su Derecho?

7.º *Bonaparte no puede sentenciar entre un padre y un hijo, y por otra parte juzga incompatible la existencia de los Borbones con el sistema, que rige hoy el Continente.*

Esta es la unica verdad de quanto se alega. La justicia y la paz no son compatibles con el sistema de rapiñas y usurpaciones que asolan la Europa, con el sistema de mandarlo todo para destruirlo todo.

8.º *En 1700 reynaba en Europa el complicado sistema del equilibrio, ingenioso y falaz, y origen de tantas Guerras, hoy vivimos lejos de este recelo.*

Quando Bonaparte haya conquistado todo el Continente, ciertamente no habrá disputas en él sobre el equilibrio. Lo mas que podrá turbar la paz, serán rebeliones de los pueblos á su tiranía; pero esto se remediará con oprimir durisimamente á los Dinamarqueses con Españoles, á estos con Alemanes, á los quales tengan sujetos los Italianos; todos comandados por Franceses; no aquellos antiguos nobles Franceses, francos, generosos, y cuyo altivo honor les impedía cometer vilezas; sino el resto de canalla revolucionaria, y terrorista de la ultima plebe, esa hez asquerosa de Príncipes, Duques, y grandes Duques del cuño, y calaña de Bonaparte.

9.º *Sobre todo nuestra salud es la*

suprema ley; esto es demostrable. La España no está unida al Continente, sino por la Francia: no puede mantener á un tiempo un poderoso Ejército, y una grande Armada; es le pues preciso recibir su garantía de la Francia. Es necesaria una dinastía que nos trayga por dote la paz. ¿Preferiremos la guerra á la union con la Nación única, que puede asegurarnos la paz, y defendernos de los tiranos de los mares? Esta es la Egida, que debemos solicitar.

En un siglo en que se quebrantan todos los derechos, y se trastornan todos los principios, no es extraño, que se afirme con tanta torpeza, que la aliada natural de una Nación debe ser su vecina. ¿No sabe el mas rudo principiante de política, que la Turquía no debe ser aliada de la Rusia, que Portugal no lo debe ser de la España, ni esta de la Francia? La España puede ser amiga de la Francia; pero con un

buen ejército, y muchas plazas fuertes: amiga; pero jamás aliada. ¿Y para qué se ha de empeñar en mantener gruesas y costosas Armadas? ¿No puede ser la aliada natural de una Potencia, que solo quiere comerciar, y no comerciar con manzanas, ni dominar en las tierras, en las personas, y en los usos mas sagrados como la otra? Si es precisa una dinastía, que trayga la paz por doctores; quando la Francia sacuda el yugo cruel del Robespierre-Corsó, y lo haga mil pedazos; deberémos imitarla como en las otras modas, y aguardar á que nos dé otra dinastía? No somos tan inconstantes, ni negicidas? Mas quién nos defenderá de estos tiranos de los mares? La amistad de estos la podemos grangear; pero jamás la de los tiranos de la tierra. Creemos firmemente, que Bonaparte desea la paz de la Europa, como un carcelero solicita el sosiego de los presos, y

' para eso usa de rejas, dobles puertas, cepos, grillos, cadenas y calabozos.

10. Bonaparte no ha venido á conquistarnos; porque todos somos unos: tampoco lo hemos llamado; el descuido, la ineptitud, las divisiones: he aquí las causas de su venida.

Es una verdad, que una casa descuidada convida á los ladrones.

11. Tenemos derecho para pedir tres cosas, que son la independencia, é integridad; la entera conservacion de nuestros privilegios, y la conservacion de nuestra Santa Religion: hay varias Naciones, que reconocen muchas; pero nosotros no queremos mas que una.

o Sin duda que para sostener este derecho nos metieron un Exército dentro de casa. ¿Pero á quien tenemos necesidad de pedir los Españoles? ¿Quién es este, que no nos concede sino tres cosas; á saber que nuestra hacienda vaya toda junta á

un ladron , y no se haga partija entre la gavilla ? ¿ Qué entiende por privilegios de una nacion ? en quanto á la conservacion de nuestra Religion . ¿ Quien mienta estas cosas entre Cristianos ? Conocemos perfectamente el cebo , que nos presentan en el anzuelo : estos fanáticos Españoles , dicen Bonaparte , Murat y Marchena , en ofreciendoles su Religion , se dexáran pescar con facilidad , despues ya les enseñaremos Filosofia . ¡ Picaros tontos ! ¿ Pudieramos pedir otra cosa , si capitularamos con los Moros ? ¿ Qué concepto hacen de los Españoles , que se persuaden , que podrá ser Protector de su Religion aquel que fue Protestante en Alemania , Católico en Italia , Filósofo en Francia , Judio en Siria , y Musulman en Egipto , lo que quiso acreditar con una blasfema profesion de la Fé . ¿ Aquel que traxo hipócrita , ó burlescamente el Santo Padre á Paris , para dar un ayre de autoridad

á sus usurpaciones, y pequeña persona, y despues de empeñar á su Beatitud en varias condescendencias; fueron tan impias las pretensiones, a que quiso obligarle, que viendo su santa resistencia, ocupó la Ciudad de Roma, y todos sus Estados, circunvaló el Palacio Pontificio con artilleria, dispersó el Sacro Colegio, é intenta con todo género de insultos, vejaciones, y tropelias poner fin á sus días para turbar la Santa Iglesia con algun Anti Papa; si es que él no se declara Cabeza de la Iglesia Galicana.

MANIFIESTO
 POLITICO Y MORAL
 AL REYNO DE GALICIA
 POR UN COMPATRIOTA SUYO.

Circuit quærens quem devoret.

Los triunfos y ruidosas victorias de los Conquistadores traen consigo una especie de prestigio de que no es fácil preservarse. Fascinados los ojos con el relumbrón de las marciales pompas, y encantado el oído con los continuos loores que se les tributan en prosa y en verso, apenas tiene lugar el juicio para correr el velo de la ilusión. Solo se ven entónces las grandezas, el esplendor y la magnificencia; pero no se advierten hasta muy tarde los tristes efectos de su ambición desmesurada. Desáparecen en medio de

halagüeñas escenas las lágrimas de la esposa inconsolable, los tiernos clamores de la infancia desamparada y huérfana; las amenas Campañas, antes cubiertas de doradas mieses, y despues regadas con sangre humana, los deleitosos bosques, talados y consumidos por el fuego voraz, las casas arruinadas, el afanoso Labrador desterrado del tranquilo albergue, y en fin el teatro del horror, quedando en pavoroso silencio millares de pueblos. Nada de esto se percibe, y solo el Carro triunfal del Conquistador es el que se descubre desde lejos, llevando en pós de sí la admiracion y el aplauso. En un estado casi semejante me hallaba yo con otros muchos relativamente á las glorias militares y políticas de Napoleon. Gazetas serviles, Memorias escritas por sus Generales y Edecanes, Autores famélicos, eternos, y preocupados Panegiristas del hombre *grande*, nos

hacian involuntariamente, digámoslo así, doblar la rodilla delante de su estatua colosal. Del Tajo al Neva, del Tiber al Nilo todo resonaba con aclamaciones á Bonaparte. Arrastrado por el torrente de la opinion, jamas habia podido persuadirme que sus designios fuesen los de acabar con una Dinastía legitimamente introducida en España. Los últimos desgraciados acaecimientos han abierto mis ojos ofuscados; he visto lo bastante, para penetrar adonde se dirigian los engañosos tiros de su Maquiabelismo; y desvanecidas las apariencias de una prometida, pero soñada felicidad, de una *íntima* y fiel alianza, solapada con las ofertas mas lisongeras, el llanto bañó mis mexillas, y en mi primer arrebató exclamé con el Psalmista de Israel: *No pondré mi confianza en los hombres, porque no hay uno con cuya fidelidad pueda contarse* (a).

(a) *Psalm. 115.*

Vuelto en mí del asombro, y de la indignación que me causó la villana felonía del Emperador de los franceses, me alenté á exâminarle mas de cerca: hice que baxase de su soberbio pedestal el ídolo tan temido en la moderna Europa, y considerando sus dimensiones con una crítica mas juiciosa, que lo habia hecho antes, hallé un Soldado afortunado, un General de Ejército, á quien las circunstancias elevaron á uno de los mayores Tronos del Universo, un Político, singular en sus opiniones, opuestas á las profundas lecciones de la experiencia de los siglos, un Conquistador sediento de gloria, de lauros y de matanza; y en fin (permítaseme la expresion) un *regenerador maniaco*, que nada observa en las instituciones de los Pueblos, que convenga con sus raras ideas. Vile dominado de la irresistible pasion del engrandecimiento

de su Persona y Familia , empeñado en desquiciar de su antiguo asiento las Leyes físicas , morales y políticas de las Naciones , prometiéndolo á todas un orden de cosas , que solo sirve para llenarlas de horror y de convulsiones terribles , que tal vez no se calmarán hasta que la Parca tronche una vida tan aciaga para la mísera humanidad.

Tiendo la vista á lo pasado , y noto en él otro Alexandro. Si á este le venia estrecho el Mundo conocido , pues quisiera en su arrogante orgullo que hubiese otros mas á fin de sojuzgarlos; Bonaparte, poco anchuroso en Europa , vuela derecho al Africa. Vedle recorriendo los abrasados arenales del Egipto y de la Siria , y dexar en ellos insepuerto el mayor número de su Exército , compuesto de 40000 hombres. Preguntad á sus habitantes , ¿ en qué le habian ofendido? y todos á una

«Noz en grito responderán : » en na-
 «da. Este General Corso ha coho-
 «nestado su fatal expedicion , di-
 «ciendo , que venia por nuestra fe-
 «licidad , y á libertarnos del yugo
 «de los Beyes y Mamelucos ; pero
 «nosotros no le hemos brindado,
 «apellidando su socorro , y ántes
 «bien maldécimos en medio de nues-
 «tras miserias , tormentos y vexa-
 «ciones la hora , la infausta hora,
 «en que este nuevo Atila desembarcó
 «en las Playas de Alexandria.” En
 el Egipto le veo ya desvanecido con
 el humo de las conquistas , trazan-
 do la regeneracion del Globo que
 habitamos , y lleno de afan por po-
 ner en práctica los quiméricos pro-
 yectos de los *Filósofos* , en cuyos
 impuros manantiales habia bebido.
 Contempladle sentado sobre la gran
 Pirámide de *Cleops* en conferencia
 con los Muphtís ; y le oireis profe-
 rir en tono de oráculo : “Lumbre

»ras de los Fieles: vosotros vereis
 »todavía mayores prodigios, por-
 »que han llegado los días de la re-
 »generacion: el que tenga oídos
 »para oír, oiga. La hora de la re-
 »surreccion política ha llegado para
 »los pueblos que gemian oprimi-
 »dos.»

Admirad en este Caudillo de las Tropas Republicanas un hombre, que, como el Prothéo de la Fábula, se transforma de mil maneras para llenar sus designios. A las puertas de la Capital del Orbe cristiano elogia la magestad del Evangelio, y recibe la bendicion apostolica del Venerable Pontífice, que poco despues fue á morir desterrado del Vaticano. En medio de los desiertos de Egipto adopta el turbante, y hablando con los Musulmanes, les dice: »el Alcorán es la delicia de mi espíritu, y la atencion de mis ojos: amo al Profeta, y

«pienso ir antes de poco á ver y
 «honrar su sepulcro en la Ciudad
 «sagrada.» Bonaparte ha nacido Ca-
 «tólico; pero el que así se explica es
 un verdadero apóstata de su Reli-
 gion; y aunque á lo adelante se le
 ve llamar al Santo Padre, para que
 le unja en su faustuosa Coronacion,
 tened entendido que no lo hizo por
 virtud, sino por dar mas brillantez
 á este acto, y porque sabía muy
 bien, que á pesar de los furiosos
 embates que sufrió el Cristianismo
 en Francia, durante la calamitosa
 época de su revolucion, la mayor
 y la mas sana parte de los France-
 ses volvia de nuevo á refugiarse en
 el gremio de la Iglesia. Si todavia
 dudais de esta verdad, informaos de
 los piadosos Cenobitas que han es-
 tado en Jerusalem, Nazareth, y otros
 Lugares de la Tierra Santa; y ellos
 publicarán los insultos, los estragos,
 las contribuciones que sufrieron. Ul-

timamente echó el resto de su vida
sátíl política y de su indiferencia
religiosa, protegiendo con decidido
afecto á una Nación, odiada justas-
mente por todas las Naciones, al ré-
probo, al usurario Pueblo Judaico.

Corrian los últimos meses del año
de 99, y abandonando precipitada-
mente las orillas del Nilo y las re-
liquias de su Ejército, aparece con
la rapidez del águila en las Costas
de Francia. Vuela en alas de su am-
bicion á la Capital; y apoyado por
algunos de sus parciales, disuelve la
constitucion que regia, y toma el
mando soberano en clase de Dicta-
dor. Entonces fue quando se le ha
visto mudar de tono y de opinion.
El que antes era un General repub-
blicano, que despreciaba en sus pro-
clamas á los Tiranos y á los Reyes,
ya es ahora un César, que domina
con la fuerza militar el Senado Fran-
cés, que exige imperiosamente ado-

55
raciones, y camina con paso de Gigante al Despotismo universal.

Elevado á la dignidad de primer Cónsul, no por el voto de sus Ciudadanos, explicado libremente, sino entrando rodeado de Granaderos en el Consejo de los Quientos, no conoce freno á sus deseos: hace que la intriga establezca en su persona el Consulado vitalicio; y al fin, como vé á los Franceses domeñados, y sobre todo llenos de horror á la sangrienta revolución con que acababan de luchar, aprovecha tan felices momentos, y se corona Emperador. Tales han sido los escalones por donde se encumbró al ápice del poder. Yo preciado de discutir si en las críticas circunstancias en que se hallaba el Gobierno fue ventajoso, que tomase Bonaparte sus riendas para extinguir las pa- vesas mal apagadas de la anarquía; pero lo cierto es, que de ningun

modo han aprobado los políticos el violento y engañoso arbitrio de que se valió para conseguirlo. Doy por supuesto, que el Directorio, el Consejo de los Ancianos y el de los Quinientos estuviesen desorganizados: ¿era este un motivo legal para deshacer á bayonetazos la Constitucion de veinte y cinco millones de hombres, y destituir una gran parte de sus representantes? Luego la introduccion de Bonaparte al Consulado ha sido violenta, repugnante é ilegítima, y de consiguiente ha usurpado los naturales derechos del Pueblo Frances. En quanto á su Coronacion todo el Mundo sabe, que ha sido hija de la prepotencia de numerosos Exercitos, atraidos á su devocion muy de ante mano; y ademas, es constante, que el Conde de Lila, hermano segundo del desgraciado Luis XVI. protestó solemnemente contra ella en Varsovia á

57
6 de Junio de 1804, tratándola de
usurpacion.

Un hombre que así violaba los derechos mas sacrosantos, no era de ningun modo acreedor á los pomposos títulos con que le decoraba la vil adulacion; pero tal es el destino de los flacos mortales: ellos besan la cadena con que se les oprime. Se ha dicho que Napoleon no conocia mas pasiones que la gloria; se ha dicho, y no se ha demostrado. La causa del célebre General *Moreau* es una prueba nada equívoca de lo contrario, y su defensa no ha tenido réplica. Sin embargo, fue desterrado por su compañero de armas á los Estados Unidos, donde actualmente vive con su Esposa y Familia, gozando de la vida tranquila que le ofrecen las Campañas de *Filadelfia*; qual otro *Cincinnato*; mas la severidad imparcial de la historia no habrá de fallar en estos tér-

minos. Todo Tirano es envidioso y
 suspicaz: Napoleon envidiaba los
 lauros de *Moreau*, y al mismo tiem-
 po se recelaba del poderoso artidop
 que se habia grangeado por sus ama-
 bles prendas. Este, y no otro ha sido
 el pretexto de su desgraciada suerte.
 Dado el primer paso en la carre-
 ra de la ambicion, los demas van
 eslabonándose aceleradamente. De
 aquí el insufrible orgullo que ha ma-
 nifestado siempre Bonaparte; pues
 aun quando se le mire como un buen
 General, debemos advertir que *Ber-*
thier ha sido su maestro; y si le con-
 sideramos como político, no nos ol-
 videmos que le dirigieron en todas
 sus negociaciones las luces diplomá-
 ticas de *Tayllerand*. Sus ambiciosos
 proyectos nunca tuvieron límites: ad-
 mitido en el Instituto Nacional de
 Ciencias y Artes pronunció un Dis-
 curso, en el qual dixo entre otras
 cosas: «El verdadero poder de la

«República Francesa debe consistir
 «en adelante en no permitir que exis-
 «ta una sola idea nueva, que no sea
 «suya.» ¡Hasta el pensamiento mas
 libre que el ayre que respiramos,
 pretendia esclavizar! ¡Insensato fre-
 nesí! ¡Como si los ingenios de las
 demas Naciones hubiesen de pagarle
 feudo! Pero Bonaparte habia dicho
 en su corazon: «Yo soy el único
 «entre los mortales, capaz de di-
 «rigirlos; todos, grandes y peque-
 «ños, deben prosternarse delante
 «de mí; los pueblos habrán de re-
 «cibir la ley que yo les imponga;
 «y la tierra debe callar en mi pre-
 «sencia.» Con efecto, en él se ven
 retratadas muy al vivo las expresio-
 nes de un Profeta = *Mi capricho ha
 mudado las fronteras de los Imperios;
 he saqueado los tesoros de los pueblos,
 y desterrado á muchos Soberanos de
 sus Dominios:: Con mi poder he des-
 pojado á las Naciones de sus riquezas,*

Y no hubo quien hiciera el menor movimiento, ni se atreviese á despegar sus labios: :: Tengo pactado alianza con la muerte, y aunque se descadene contra mí la borrasca mas furiosa, nunca me alcanzará el torrente de la calamidad universal, porque me puse á cubierto de ella con mi astucia, y estoy oculto entre las barreras de la falsedad (a). Tal es el idioma de Napoleon, y así lo justifican tantos pueblos devastados, tantas Naciones desmembradas, tantos tesoros exhaustos, y tantos Reyes oprimidos ó precipitados del trono de sus Abuelos. Robespierre, aquel monstruo,

(a) *Isaias, cap. 10. y sig. Pro arbitrio terminos populorum muto eorum thesauros praedor, Reges multos regnis suis privo: ego per potentiam meam divitias populorum abstulá, nec fuit qui alam motitaret, aut ea aperiret: Nos cum morte foedus peregrinus: tempestas vel saevissima etsi irruerit, ad nos non pertinget: est nobis in mendacio praesidium; latitamus in falsitate.*

el mayor que nació de madre humana, quería nivelar la Francia cortando cien mil cabezas: Napoleon pretende nivelar la Europa toda. Y para executar sus funestos intentos ¿quántas vidas no ha sacrificado ya? ¿Quántas no sacrificará todavía? Las páginas de su historia están teñidas con la sangre mas floreciente de los Imperios, y los ojos del hombre sensible se apartan con horror, é inundados de lágrimas, por no ver los millares de víctimas inmoladas á su sanguinario antojo: ¡Desventurada Francia! tus hijos solo ven la luz para dexar tu seno en los primeros albores de su juventud lozana, y correr á sepultarse en campos extranjeros por complacer al orgulloso Xefe, á quien preconizan delante de sus Vanderas, y maldicen al exhalar su postrer suspiro. El arrojó el blando de la discordia en medio del Continente, y dixo: »No se apa-

»gará en tanto que haya una sola
 »diadema en las sienas de sus Mo-
 »narcas. Conozco que despueblo el
 »territorio Frances con las repetidas
 »y anticipadas conscripciones milita-
 »res; pero satisfágase la sed de san-
 »gre que me consume, y ceda todo
 »á mi *omnipotente* Imperio: Soy el
 árbitro de los destinos, el dispensa-
 dor de los Tronos:: La pluma se
 me cae de la mano al trasladar tan
 horrendas blasfemias. Los atributos,
 que solo convienen á la divinidad,
 han sido usurpados por este impio,
 que no contento con esclavizar la
 tierra, quisiéra arancar del cielo el
 rayo, y disponer de los elementos.
 Mas ¡ay! Que ningun mortal, por
 grande que sea su poderio, se burla
 impunemente de la justicia suprema.
 Tarde ó temprano llega el plazo fa-
 tal, y entonces, ¡oh! la soberbia se
 convierte en humillacion, y la risa
 se trueca en llanto. El mismo Pro-

feta lo ha dicho por las siguientes
enérgicas palabras que van á verifi-
carse en el hombre del dia — Des-
pues que hubieres consumado tus bár-
baras desolaciones, tú tambien serás
reducido á la nada; luego que hayas
executado tus perfidias, los demas obra-
rán pérfidamente contigo (a).

Pero ya es tiempo de acercarnos
al suceso lamentable que cubrió de
luto la nacion Española. Nosotros vi-
viamos en profunda paz con el Em-
perador de los Franceses. Jamas ha-
biamos faltado á ninguna condicion
estipulada, nunca hemos violado la
fé de los tratados, accedimos á quan-
to se quiso, y manifestamos, como
en todos tiempos, el carácter gene-
roso, franco y leal que nos distin-
gue. Napoleon, auxiliado del mas vil
de los intrigantes, proyecta nuestra

(a) *Cum absolveris vastationes tuas, et ip-
se vastaberis. Cum perfeceris perfidiæ, tecum
quoque perfidé agent.*

pérdida, y comienza por arrancar del regazo de su patria, de los brazos de sus familias llorosas un escogido número de guerreros, haciéndoles que pasen á verter su sangre, y que pe- rezcan en los helados climas del sep- tentrion. La Suecia los vé con lás- tima, confinados á tal distancia, ser de los primeros que forman las hues- tes del tirano. ¡Infelices! ¿Qué di- rán ahora en sabiendo que los mis- mos por quienes arrostraban la muer- te, son los duros opresores de sus padres, de sus hermanos, de sus ca- ras esposas? Todos braman de dolor por no poder volar á socorrernos en la cuita que nos aflige. No nos olvi- dan, no; yo los comparo con los Israelitas, quando cautivos en Ba- bilonia, y suspirando por su regreso á la ciudad. Santa, sentados á las orillas de sus rios exclamaban: *si te olvidase alguna vez, Jerusalem, des- conciértese mi mano, y quede sin el*

menor movimiento: mal hayas tú, cruel Babilonia! Feliz aquel que te haga experimentar todos los males que nos has causado. ¡Dichoso aquel que arranque tus hijos del seno de sus madres, y los estrelle contra las piedras! (a) En iguales términos me parece que habrán de expresarse los valientes del norte, al considerar la combustion de su amada España; y rugirán como el leon en las soledades africanas, quando no puede devorar su presa.

Licencióse á otra multitud de soldados veteranos en lo mas encarnizado de la guerra con la gran Bretaña: (segundo motivo del menoscabo de nuestro Ejército.) ¡Combate

(a) *Psal. 136. Si oblitus fuero tui Jerusalem, oblivioni detur dextera mea: Filia Babilonis misera: beatus qui retribuet tibi retributionem tuam quam retribuisti nobis. Beatus qui tenebit et allidet parvulos tuos ad petram!*

naval de Trafalgar! ¿Cómo podré yo acordarme de ti sin derramar lágrimas de sangre sobre los fuertes que allí perecieron, ó fueron víctimas del mar embrabecido? En ti feneció la Marina Española :: Estaba echada la suerte sobre nosotros, y el fementido caudillo de la Francia se complacía de nuestros reveses, porque así convenia para executar su intento. Los Españoles juiciosos lamentaban en el secreto de su corazon los desastres que nos causaba la malignidad, ansiaban por el remedio; pero todo estaba entorpecido y paralítico. En tal estado de cosas principian á moverse los Aduares errantes de Bonaparte. Ya entraban por Irán Franceses, Polacos, Alemanes, Italianos, Suizos, y en fin, aquel funesto enxambre de soldados de todos los pueblos, de todos los idiomas, de todas las sectas religiosas, y muchos de ellos de ninguna. Su tránsito por

nuestras provincias ha sido el de una langosta desoladora, y sus excesos en todo género recuerdan las antiguas inundaciones de Vandalos, Normandos, Godos y Silingos, que arrasaron la fértil y siempre codiciada España. Era el pretexto de su entrada, en el concepto general, una expedición contra Gibraltar; pero no tardamos en desengañarnos. Acaeció en estos intermedios la prisión del Príncipe de Asturias en el Escorial: leímos con espanto los terribles decretos en que se le pintaba parricida, y todos, todos, ignorantes ó sabios, por una especie de instinto exclamamos: „esta es una traición conocida; „la Religión del Rey Carlos ha sido „sorpresa, y nuestro Príncipe está inocente :::” Desde esta época memorable abrimos mas y mas los ojos á la luz; sin embargo, todavía no nos atreviamos á decidirnos. Ocurrieron los acontecimientos de Aran-

juéz, y colocadó en Bayona nuestro infiel aliado arrastró á su caverna toda la Real familia. Tengo por superfluo referir lo que todo el mundo sabe; solo diré que reflexionando atentamente sobre el giro que tomaron los negocios, es fuerza confesar que ya con mucha prevision estaban urdidas las tramas que despues el tiempo ha ido desenredando.

El génio del mal, que con centro de hierro dominaba sobre una generosa nacion, y tenia sumergido en profundo letargo al Xefe del estado, habia dicho á ese inquieto Corso: «Los Españoles están habituados al yugo; su cervíz se ha encallecido, nacieron para sufrir la esclavitud: yo he trastornado lo sagrado y lo profano; pero ellos toleraron mi despótico predominio: celebraban con magníficas funciones mi elevacion prodigiosa; y léjos de resentirse de las pesadas cadenas con

» que insolentemente los he ido aher-
 » rojando , besaban humildes el pol-
 » vo de mis plantas , y á porfía me
 » consagraban estatuas. Nada temas :
 » ya no son los contemporáneos de
 » los Corteses , y otros ilustres Capi-
 » tanes : está enervado su carácter na-
 » cional , y no hay cosa mas fácil
 » que sujetarlos á todo. Sus recursos,
 » aunque inmensos , están agotados ;
 » y las victorias que te coronan , el
 » eco solo de tu ruidoso nombre apo-
 » cará sus espíritus un tiempo bel-
 » cosos y temibles en ambos mundos ;
 » mas hoy abatidos , inertes , degra-
 » dados. Apodérate de la rica y opu-
 » lenta España ; yo contribuiré con
 » todo mi esfuerzó á tus ideas ; yo
 » sembraré la discordia entre el pa-
 » dre y el hijo : : A mí me aguarda
 » la suerte mas infausta si reyna FER-
 » NANDO , á quien tantas veces he
 » afrentado : coloca en el Trono Es-
 » pañol á uno de tus hermanos ; y

„libértame quahto ántes del horren-
do castigo que me amenaza.”

Sí, amados compatriotas; ese monstruo que vimos protegido y ensalzado por otro, al mismo paso que decia en una de sus cartas era preciso removerlo del mando para bien de la nacion; ese cruel Vivorezno, que con tan inaudita ingratitud rasgó las entrañas de su patria despues de haberla puesto al borde del precipicio; ese desnaturalizado Español, de cuyo nombre no debe quedar memoria en nuestros anales, nos ha vendido con sus perversas maquinaciones. Sus artificios, y los dolosos alhagos de Napoleon han arrebatado de entre nosotros al amable FERNANDO, en quien teniamos depositados nuestros cariños y esperanzas:: Pero ¿qué digo? Todavía los tenemos; y el Cielo, el justo Cielo velará sobre la interesante vida del inocente jóven. Es verdad que gime

aprisionado en tierra extranjera con su buen tío y con su hermano, el ilustre compañero de su infancia y penalidades; ellos vuelven los ojos á la desconsolada España, y lanzan hondos suspiros de su angustiado pecho; mas las misericordias de lo alto no se acabaron: el malvado prospera por un momento, y pasa con la rapidez del torbellino; el inocente, el justo sufre, calla, se resigna, y al fin amanece la brillante aurora de su triunfo sobre la iniquidad.

Abdicada, ó por mejor decir, usurpada la Corona, piensa Napoleon en disponer de ella. Para dar algun colorido á sus violencias, ordena un congreso en Bayona de 150. Personages los mas de ellos nombrados por el Duque de Berg, y señala el día 15 de Junio para la reunion. Son muy óbvias las reflexiones que pudieran hacerse sobre todos estos puntos; ¿pero qué podría expresar mi

rosa pluma en parangon con lo dicho por el Apostol de Orense? La sublime carta de este virtuoso Prelado, escrita con la verdadera libertad Evangélica, y exornada con los pensamientos de los mejores publicistas, no dexa que apetecer en la materia, siendo al mismo tiempo el argumento mas poderoso contra la execrable conducta de Napoleon. ¡Oh mengua del nombre Español! ¡Buen Dios! á qué miserable situacion se vé reducido tu pueblo predilecto! Si las verdaderas intenciones del Aliado fuesen las de labrar nuestra felicidad, ¿habia de pretender que se celebrase aquel congreso fuera del Reyno en medio de su guardia numerosa? Los Legisladores de las naciones nunca deliberaron entre bayonetas y fusiles: El estruendo de las armas no conviene á sus augustas y pacíficas funciones: el Templo de Themis es libre, y en sus Pórticos no debe oirse

el bullicio de los hijos de Marte.

Mas, ¿quién no ha conocido desde luego que todo este vano aparato, este fantasma de las antiguas Cortes, tan célebres en los dias de nuestra gloria, no era mas que apariencia sin realidad? La constitucion que se nos destinaba ya estaba hecha, y los Diputados únicamente iban á recibirla y firmarla. Ni podia ser de otro modo, porque no se les daba tiempo de prepararse para pensar con madurez lo que hubiesen de proponer. Extraño método de dictar las leyes, y de constituir felices á los hombres.

Pero ¿quién ha buscado al Emperador de los Franceses para darnos leyes? ¿España hizo por ventura lo que Génova y la Cisalpina?::: Pueblos de la Europa, Monarcas que todavía ocupais vuestros Tronos vacilantes, redoblad la vigilancia, ó mas bien formad causa comun contra este ambicioso, que rodea todo

el continente, buscando á quien devorar! *Circuit quærens quem devoret.* El pretexto de que se vale para trastornar nuestros usos y costumbres, para privarnos de un Rey legítimo, y tratarnos como pais de conquista, se reduce, segun las expresiones de su enfática proclama, expedida para la Diputacion general, á que la Monarquía Española está vieja. Por lo mismo debiera ser mas venerada. Nosotros estabamos contentos con esta respetable ancianidad; y aunque apeteciamos la saludable reforma de algunos abusos introducidos en su constitucion, contabamos para ello con la buena voluntad de nuestro jóven Monarca, cuyos primeros pasos en la carrera del reynar se habian distinguido por juiciosas providencias, y eran de feliz pronóstico para lo sucesivo. Jamás han mendigado los Españoles códigos extrangeros para su gobierno. Si adoptaron el Ro-

mano, fué por su voluntad, y porque hallaron en la mayor parte de sus leyes las que prescriben la naturaleza, el derecho de gentes, y la moral. Una nacion que dió á luz las *Partidas*, obra de singular mérito, y que sirvió de modelo á otras muchas de su clase fuera de España; una nacion que tenia dentro de sí misma un Consejo Supremo, compuesto de varones ilustres, que han sido en todos tiempos el mejor apoyo del estado; una nacion que tiene sus Diputados en las Provincias, los quales conocen sus verdaderas enfermedades políticas, y el antídoto que debe aplicarse para curarlas; una nacion que produjo los *Navarretes*, los *Moncadas*, los *Saavedras*, y en nuestros dias los *Campomanes*, los *Lardizavales*, los *Jovellanos*, y otros estadistas insignes; no necesitaba, ni necesita de Médicos extraños que curen sus llagas.

Sobre todo, ¿quién ha visto ni leído que un Rey vecino, después de una paz conservada y no interrumpida por espacio de trece años, hubiese internado sus tropas en el Reyno fronterizo, y que sin cesar de venderse por *íntimo* aliado, ocupase con ellas la Capital y sus principales Plazas? Hubiera Napoleon declarado la guerra contra nosotros con qualquiera de aquellos motivos que nunca faltan á la cavilosa política, y sería mas tolerable su agresion; pero sorprendernos, en los rateros términos que lo hizo, demuestra la bajeza de sus pensamientos, y no sé si diga cobardía en el Campeon de la Isla de Córcega.

Todo ha seguido el mismo rumbo. En los Diarios de Madrid, sugeridos y dictados por la faccion dominante, comenzó á señalarse desde la primera página el desprecio de los Borbones. ¿Y para qué? Para dispo-

nermos al aborrecimiento de una ilustre casa, que aunque padeció en estos últimos años algun eclipse en su esplendor, no fué de las ménos gloriosas que reynaron en la península. Tampoco perdonó el infame sarcasmo á la memoria respetable de una virtuosa Princesa, que arrebató la muerte en la flor de sus años. Yo la he visto, y todo Madrid la vió enjugando las lágrimas del huérfano desvalido, y de la viuda desamparada:: (a) Y sin embargo de sus altas virtudes, que daban en rostro á la corrupcion del siglo, tambien se le calumnia:: ¡Profanos! No turbeis las cenizas de los justos: dexad reposar á los que

(a) *Su digno Confesor el Doctor Don Andres Garcia Fernandez, Arcediano de Vive-ro en la Santa Iglesia Catedral de Mondoñedo, ha recibido las últimas palabras de la Princesa de Asturias, y es buen testigo de quanto acaba de decir. Preguntadle, y saldreis edificados.*

ya existieron en sus callados Pan-
teones.

Temo fastidiaros , que á no ser por eso , yo iria confrontando los varios documentos insertos en nuestra gazeta de dos meses á esta parte, y solo con presentarlos en un orden cronológico era sobrado para conocer las ridículas inconsequencias , y torpes contradicciones en que han incurrido sus ciegos autores. No necesita la posteridad otra prueba de la impostura con que se ha procedido; y no hay ningun verdadero Español, por cortos que fuesen sus alcances, que no hubiese penetrado desde luego el lenguaje de la falsedad, rebozado con exôrbitantes promesas? Mas ¿cómo era posible que estas tuviesen cabida en nuestros ánimos, viendó lo acaecido en Portugal? Las primeras disposiciones del intruso Gobierno las desmentian abiertamente; y el pueblo de Madrid en un per-

fecto estado de bloqueo , no dexaba duda de nuestra futura esclavitud. La rapacidad mas desenfrenada exercia publicamente sus depredaciones ; los Palacios suntuosos de nuestros Reyes quedaban yermos , despues de saqueados : recogíanse de todas partes los apurados restos del Erario ; y hasta los preciosos objetos , ofrecidos por la munificencia de Fernando VI. y Carlos III. á la curiosidad é instruccion de los espectadores en el rico Gabinete de Historia Natural , eran presa de la insaciable codicia de nuestros *Protectores*. El Soldado , el Marinero Español estaban hambrientos y desnudos : los satélites de *Murat* abundaban de todo. Sus generales y edecanes en las delicias de los banquetes , y en otros solaces , menos decentes , manifestaban sin reserva qual era la felicidad que nos traian. Esas feroces quadrillas , esos tigres ; con rostro de hombre nada perdonaban:::

Y en medio de tantos exemplares de visible opresion, se atreven aun á pronosticarnos una suerte dichosa. ¡Seguramente pensaba Napoleon en su delirante orgullo que los Españoles eramos como los estúpidos Indios, á quienes deslumbraba la vista de una navaja, ó de un simple cascabel.

Esta era la deplorable situacion en que nos hallabamos. Apenas teniamos valor para manifestar nuestro corage; oprimidos los pechos con tan grave dolor, y anudadas las lenguas, no daban paso á las palabras; pero se oía el sordo rumor del volcán que fermentaba; y la explosion indicaba ser terrible. Sonó por fin la hora deseada. ¡Dia 30 de Mayo! Tú harás época en los fastos de Galicia. Salve, ¡ó dia memorable! Todos los Pueblos y Ciudades de este Reyno se conmueven para aclamar á FERNANDO VII: arrojan de sí con noble indignacion las marcas de la esclavi-

tud, que ya oprimían su cuello, tremolaban el Estandarte Real de España, se comunicaron de unos á otros el entusiasmo con la presteza de la centella eléctrica: ya todos son soldados; abrazanse, reunense fraternalmente militares y paisanos con el vínculo indisoluble del amor á la patria: Religion y Fernando son su divisa: formase el Reyno en Junta Suprema: dánse las disposiciones mas acertadas para expeler de nuestro suelo al enemigo::: Mas ¿para qué me canso en referiros lo que vosotros todos habeis presenciado?

¡Napoleon! ¡Godoy! ¡Murat!::: Miserables calculistas! El leon Español estaba convaleciente de la pasada quartana, tenia las garras embotadas, yacia postrado y sin fuerzas. Vosotros contemplabais con alborozo rendida su bravura: sintiose despreciado, sacude la herizada melena, levántase brioso; lanza un rugido que

se oye por todas las provincias, y el eco resuena desde el Miño á los Pirineos, del Duero al Guadalquivir, y desde el Ebro hasta el Pisuerga. Asturianos, Leoneses, Gallegos, Castellanos, Andaluces, Valencianos, Catalanes :: Todos, todos claman á las armas; y la nacion en pocos dias comparece armada. Quiere ser libre del yugo extranjero, y habrá de serlo. Sus heroycos hijos defienden una misma causa, y no los dividen las facciones. Al que manifiesta temor ó inclinacion al vando de los opresores, le señala el pueblo, casi siempre justo en iguales casos, y se le segrega del cuerpo social como miembro gangrenado.

Espanoles, la causa que habeis abrazado está rebosando justicia, y el Cielo mira por vosotros. Acordaos que sois descendientes de aquellos invictos patriotas, que se sepultaron en los abrasados escombros de Sagunto.

y Numancia, primero que sujetarse á las coyundas de Cartago y Roma. Gallegos, traed á la memoria que corre por vuestras venas la sangre de aquellos héroes que resistieron con animoso tesón al inmenso poder de Augusto, y que cercados en el Monte Medulio, ántes quisieron probar el rigor del acero y la ponzoña, que las amarguras de la esclavitud. Acordémonos todos que somos nietos de los que arrojaron á lanzadas del territorio Hispano las tropas del Agareno, arrollando sus pendones, por tantos siglos tremolados entre nosotros. La presente guerra no es de aquellas que con frecuencia suscita la caprichosa etiqueta de los Gabinetes, no: es una guerra santa, en que se trata de defender los propios hogares, de vengar la sangre de nuestros hermanos cruelmente degollados en las calles y plazas: me parece que oygo los lúgubres clamores de sus

doloridos Manes: ellos nos piden que lavemos tan maña afrenta. No tardemos en complacerlos.

Xefes militares, la carrera de la gloria se os presenta mas cubierta de laureles que nunca: precipitaos á seguirlos. Magistrados, la firmeza en vuestras deliberaciones ha de salvar el estado; y si es preciso debeis morir en vuestras sillas curules. Nobles, los que lo sois verdaderamente, no necesitais que os llame á los combates la trompa guerrera: los latidos del corazon os avisan que debeis conservar sin mancilla los honrosos timbres de vuestros mayores. Dignos Sacerdotes, nada tengo que deciros, porque no ignorais vuestros deberes; y tiempo hace que veo á muchos de vosotros postrados entre el Vestibulo y el Altar, dirigiendo las oraciones mas fervorosas al que tiene en su mano los corazones de los Reyes, y dá y quita los Imperios, para que se apia-

de de nuestra España. Vírgenes puras, que gemís en la soledad de los claustros, no perdereis el fruto de vuestras lágrimas: y vosotras madres de familia, que veis á vuestros generosos mancebos alistarse voluntarios, reprimid el llanto, y grabad en vuestro noble pecho la sublime respuesta de aquella Matrona Espartana, que oyendo decir al Correo, de resultas de una batalla *tus cinco hijos han perecido*, contestó: *no es eso lo que te pregunto. ¿Mi patria tiene que temer? — ¿Ha triunfado? Pues ya sufro con gusto pérdida tan sensible.*

¡Compatriotas! Reunámonos á la Junta Soberana del Reyno: ella es en esta ocasion extraordinaria el norte que ha de guiarnos, el escudo que nos abroquela, el fiador seguro de nuestras libertades y privilegios. Obedezcámosla en todo; contribuyamos eficazmente á sus patrióticas disposiciones; evitemos las funestas

consequencias de la guerra civil; acabemos de una vez con los impíos que contaminan el suelo Español; no permitamos que su frenético atheísmo amancille la pureza de la Religion, y haga cesar el verdadero culto en los Templos de Jesu-Christo: rescatemos el cautivo Monarca; recobremos nuestro antiguo esplendor; seamos lo que fuimos, quando respetaban nuestras armas Reynos enteros, y entonces podremos fixar en medio del Universo un padrón que diga á la posteridad mas remota—*España fué la sepultura del moderno Nabuco, y del infame Sátrapa, executor de su inaudita perfidia.*

Lic. D. Vicente Villares.

Se hallará en las Librerías de Campo, calle de Alcalá; en la de Castillo, frente las gradas de San Felipe el Real; y en la de Vengoechea, calle de Carretas.

